

**ROMA
DELL'ANNO
V
DELL'INDO**

J. G. Bellietti

Ropa De Lana

Y De Lino

J. G. Bellett

EDITORIAL LUZ
Apartado Aéreo 1628
Bucaramanga, Stder.

Derechos reservados ® Editorial Luz

ROPA DE LANA Y DE LINO

No vestirás ropa de lana y de lino juntamente. Deuteronomio 22:11. El camino de la Iglesia de Dios es una senda tan estrecha que el simple sentido moral puede engañarse siempre. Pero sin embargo, deberíamos gozarnos en ello, puesto que el Señor quiere que seamos ejercitados en sus verdades y en sus caminos, olvidando lo que hemos aprendido como nociones humanas sobre el bien y el mal para ser llenos del pensamiento de Cristo.

El caso de Elías ejerciendo juicio contra los capitanes del rey de Israel, y la alusión sobre esto que hacen los Evangelios, despierta en nosotros una cantidad de ideas, Lucas 9:52-56. El Señor había afirmado su rostro para ir a Jerusalén bajo la impresión de que "se cumplió el tiempo en que había de ser recibido arriba". La gloria y el reino ocupaban su alma. Creo que la conciencia de su dignidad personal y de su alto destino, llenaba su espíritu al comienzo de su viaje a Jerusalén. "Cuando se cumplió el tiempo en que él había de ser recibido arriba, afirmó su rostro para ir a Jerusalén. Y envió mensajeros delante de él". La conciencia que El tenía de su dignidad resalta en estas palabras, y caracteriza toda la escena. Los discípulos lo sienten. Hasta parece que ellos se elevan hasta sus pensamientos y cuando en la primera aldea que su Señor debía atravesar es rechazado, se indignan y, como Elías en otro tiempo, quisieran hacer descender fuego del cielo sobre estos impíos samaritanos.

Esto era según la naturaleza y también por el sentimiento natural del bien y del mal. ¿Por qué entonces el Señor les reprende? Ni la justicia ni el afecto faltaban en los discípulos. Vendrá el día cuando los enemigos de Cristo que se oponen a que El reine sobre ellos, serán muertos delante suyo. Podemos estar seguros que si nosotros tuviéramos un instante en la mente a la persona y a los derechos de Aquel que era así desconocido e injuriado, comprenderíamos inmediata-

mente que no había nada de injusto en esa pregunta: “¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, como hizo Elías?”. Había pues un arranque de afecto del corazón. Un celo santo por su Maestro lo había producido y esto podría ser honrado y el sentido moral podría justificarlo plenamente. Sin embargo, Cristo lo censura, y les dice: “no sabéis de qué espíritu sois”.

¿POR QUE ESE REPROCHE?

Y nos preguntamos, ¿por qué ese reproche? ¿Era que ellos exigían más que los derechos de Aquel a quien buscaban vengar? No, ya lo dijimos, esos derechos serán ejercidos un día, pero los discípulos no tuvieron la inteligencia espiritual de la posición del Señor en ese momento. No tenían el “pensamiento de Cristo”; no tenían inteligencia en el conocimiento de los tiempos para saber lo que Israel debía hacer”, 1 Crónicas 12:32. No distinguían lo excelente. No sabían dividir justamente la palabra de la verdad. He aquí pues, dónde estaba su error: “no sabéis de qué espíritu sois”. No era un principio moral falso que el Señor descubría en sus almas, sino más bien la ignorancia del carácter real o divino del momento por el que pasaban. Ellos no comprendían —como millares de discípulos hoy en día no comprenden todavía que el sendero de Cristo hacia la gloria no se constituye en el derecho de juzgar al mundo, sino en el privilegio de *renunciar* a ese derecho; no es la reivindicación de esos derechos, sino el renunciamiento hacia los mismos. Tal era el error de ellos y es lo que el Señor les reprende. Los discípulos pensaban muy naturalmente que una injuria debía recibir su retribución, y que si la perspectiva de la gloria llenaba el espíritu de su Maestro, y si ellos iban también en el espíritu de un tal momento para preparar su camino, todo obstáculo encontrado debía ser puesto a un lado. Así juzgaba la naturaleza, y el sentido moral del hombre lo hubiera vindicado.

Sin embargo, el pensamiento de Cristo es distinto, y sólo este pensamiento puede guiar al creyente de una manera perfecta. La analogía

humana, lejos de poderle guiar, ella misma debe ser probada y a menudo condenada por la inteligencia espiritual. Existían numerosas y notables relaciones entre las circunstancias de Elías y las del Señor. Elías estaba a un paso de la gloria; muy pronto iría a ser levantado cuando destruyó, por varias veces, a los capitanes y sus cincuentenas.

Se encontraba en la cumbre de un monte anticipando las perspectivas más brillantes; el carro de Israel y sus caballos estaban a pocos pasos, casi a la vista, para llevarle al cielo. Para los discípulos, el alma de su Maestro estaba en este momento íntimamente ligada a la de Elías. Pero las analogías no son suficientes y hasta pueden confundir empleándolas fuera de lugar, como al final del día de la gracia del Señor, para introducirle en el día del juicio, invitándole a obrar en el espíritu de los tiempos de Apocalipsis 11, mientras que estaba en la hora de Lucas 4:23-30. Los testigos de Apocalipsis 11 pueden ir al cielo a través de la muerte de sus enemigos, haciendo salir fuego de sus bocas para consumirlos, como lo había hecho Elías; pero las analogías no son la regla. Es necesario que pasen por el tamiz del "pensamiento de Cristo" que distingue las cosas que difieren y que enseña por medio de la luz de la Palabra, que Jesús va al cielo por el camino de la salvación y no por el de la destrucción de los hombres; renunciando al mundo y no juzgándolo.

Elías se vengó de los capitanes que le injuriaban y luego fue llevado al cielo. Los testigos del Apocalipsis subirán al cielo a la vista de sus enemigos; pero Jesús toma la forma de un siervo obediente hasta la muerte, y después es exaltado por Dios. Para cada santo individualmente es lo mismo y también para la Iglesia: "pero vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas. Yo, pues, os asigno un reino, como mi Padre me lo asignó a mí", Lucas 22:29.

EL CAMPO Y LA CIZAÑA

La ignorancia era el error de los discípulos, y esto les llevó a un espíritu que no era conforme al pensamiento de Cristo. La analogía

justificaba pues el movimiento de sus corazones; el sentido moral que juzga según los pensamientos del hombre y no según la luz de los misterios de Dios, los sancionaba completamente. Pero Aquel que discierne lo que difiere, los censuró fuertemente: “no sabéis de qué espíritu sois”. Cumplidos los propósitos de los discípulos, los designios de Dios hubieran cambiado totalmente. Con relación a esto, podemos recordar a los siervos en la parábola del campo y la cizaña. Los discípulos tenían razón desde el punto de vista humano y estos siervos también. ¿No es acaso conveniente limpiar el trigo? La cizaña, ¿no es perjudicial? y, como la buena semilla, aprovecha también del buen terreno, aunque ella no es de ningún provecho. Todo esto dice el sentido común del hombre, su juicio moral hubiere dicho lo mismo, pero el pensamiento de Cristo dice justamente lo contrario: “dejadlos crecer juntos hasta la siega”. Cristo juzgaba de acuerdo a los principios divinos. Esto era pues lo que formaba el pensamiento del Maestro, y es lo que debe formar el pensamiento de los santos. Dios tenía sus intenciones con respecto al campo; una cosecha debía producirse y los ángeles serían enviados para su recolección. Sólo después de esto, un fuego debía ser encendido para consumir la cizaña separada del trigo, atada en manojos; en el momento, (Mateo 13) no acontecía nada de esto; los ángeles no estaban ocupados en la siega del campo, el fuego no estaba preparado para consumir la cizaña, estaba todavía la gracia paciente del Maestro. El Señor quiere que el campo quede todavía sin limpiar; los misterios de Dios, los pensamientos y consejos del cielo, preciosos y gloriosos más que toda medida, exigen que todavía sea así y ningún camino es el verdadero, salvo aquel que se sigue bajo la luz del Señor, en el conocimiento de los misterios del reino de los cielos.

LA IGLESIA EN EL MUNDO

La Iglesia tampoco tiene que marchar hacia el cielo a través de un mundo purificado, puesto en orden o embellecido. Así como Cristo no quiso ir a través de un mundo juzgado. Esta es una consideración que se necesita pesar atentamente, pues, ¿qué hace actualmente la

cristiandad? Precisamente lo contrario. Ella aspira a ordenar el mundo, a limpiar el campo, quiere hacer que el camino al cielo y a la gloria pase por un mundo bien ordenado y adornado. Ha puesto la espada en la mano de aquellos que se dicen discípulos de Cristo. No quiere esperar el tiempo de la siega ni dejar ir "a otra aldea". Toma venganza de las injurias en lugar de sufrirlas; regula a la Iglesia con el modelo de una nación bien organizada y no sobre el modelo de un Jesús rechazado de la tierra. En una palabra, está llena de pensamientos, los más falsos, juzgando todo según el sentido moral humano y no a la luz de los misterios de Dios; es sabia a sus propios ojos.

Pero sabemos bien que en medio de este estado de cosas, hay muchos corazones que latén por Jesús con un amor sincero, pero *no saben* de qué espíritu son. Sabemos que el celo, si es por Cristo, aunque mal dirigido, es preferible a muchos que tienen el corazón frío o son indiferentes en cuanto a sus derechos y sus ultrajes. Y sin embargo, el único verdadero camino es el que es tomado bajo la mirada del Señor y en la inteligencia de los misterios de Dios, de su llamamiento y de la dirección del Espíritu Santo y no simplemente según las costumbres o los principios de los pensamientos y la moral humanos. El llamamiento de Dios requiere que el campo no sea limpiado ahora de la cizaña, que la injuria hecha por los samaritanos quede todavía sin castigo, que los recursos carnales y del mundo sean dejados de lado y no empleados, y que la Iglesia llegue al cielo sin llamar el juicio sobre el mundo, sino guardando el corazón en una separación santa de todo lo que caracteriza al mundo y que haga esto en la compañía de un Maestro rechazado.

NO ES SUFICIENTE TRABAJAR EN NOMBRE DE CRISTO

"El que conmigo no recoge, desparrama", Lucas 11:23; es decir, que aquel que no trabaja según el pensamiento de Cristo, de hecho contribuye al progreso del mal. No es suficiente trabajar en el nombre de Cristo. Ningún santo quisiera trabajar de otra manera; pero si no tra-

baja conforme a los designios de Cristo, desparrama. Muchos están ocupados hoy en dirigir y embellecer el mundo; quieren hacer de la cristiandad una casa barrida y adornada; pero, como no está en los planes de Dios que ahora se haga, estos cristianos no hacen sino desarrollar el mal. Cristo no echó del mundo al espíritu inmundo; su pensamiento no es de hacerlo por ahora. El enemigo puede cambiar su manera de obrar, pero por eso no es menos “el dios” y “el príncipe” de este mundo. La casa le pertenece todavía, como lo vemos en la parábola de Lucas 11:24-26. El espíritu inmundo apenas salió, pero todavía no ha sido echado fuera por uno más fuerte que él; de manera que se manifiesta todavía su derecho sobre ella, de tal manera que regresa nuevamente y lo que encuentra en ella no es sino que está preparada para sus propios designios. La encuentra barrida y adornada, lista para traer consigo otros siete espíritus de la misma naturaleza para hacer de la condición de la casa, un estado peor que el primero.

Los errores que hemos querido subrayar son errores muy antiguos. David erraba de la misma manera queriendo construir una casa para Dios. Aunque procedía de un corazón recto y sincero, era un error. No era el tiempo de construir una casa a Jehová, porque Jehová no había construido todavía una casa para David. El país estaba manchado de sangre y hasta que no fuera purificado, no era posible que el Señor encontrara reposo, o que estableciera el reino. David estaba en un error, no por doblez de corazón, sino por ignorancia; pensaba que el Señor podría tener su trono en la tierra sin estar purificada aún. Por otra parte, los siervos erraban también, creyendo que la Iglesia podía ser el instrumento para purificar el mundo.

Tomando el lenguaje según la ordenanza levítica escrita como título de este artículo, podría decirse que David pensaba revestirse con un “vestido con mezcla de hilos”, pero el Señor intervino para evitarlo. El motivo de su corazón, como una expresión de sus sentimientos, era aceptable ante el Señor, pero su proyecto debió ser abandonado.

¿No nos dice esto el celo del Señor por ver observados sus principios y mantenida la posición en la cual El puso a sus servidores? De otra manera, aprendemos que el deseo del santo, aunque esté lleno de devoción, no llevará al Señor al abandono de sus designios y de sus pensamientos, aunque pueda aprobar el móvil de este deseo. Si no fuera así, todo sería confusión. Los pensamientos de David, tan inocentes como hayan sido, hubieran acarreado el completo desorden; hubieran dado el resultado de colocar el trono del Señor en un reino no purificado y de permitir a su siervo darle el reposo, antes de que El se lo hubiese dado a su siervo. ¡Qué confusión habrían acarreado, qué triste testimonio habrían causado esos principios mezclados! ¿Quién hubiera podido reconocer en ese resultado algo de la gracia o de la gloria del Dios de Israel?

La reprensión hecha a Pedro en Antioquía fue terminante, pues había un error no por ignorancia como en el caso de David, sino por temor al hombre; temor que llega a ser un “lazo” como nos lo enseñan las Escrituras y que hemos podido experimentar. Esto era pues, más que confusión, una perversión. (En Deuteronomio 20:19-20, tenemos otro caso de perversión o el empleo de ciertas cosas para un mal uso). Aun cuando un hecho de un amado siervo de Dios no sería sino por confusión, no podría por eso ser tolerado, como se ve en el caso de David; también cuando trajo el arca de Dios de Quiriat-Jearim. Su consagración de corazón y el gozo no fueron excusa para la confusión ni aun por condescendencia. Aunque fuese aceptable para el Señor estos movimientos de corazón, sus caminos eran blasfemados; los caminos del Señor, sus designios, sus consejos y sus pensamientos son preciosos y deben subsistir para siempre.

No queremos decir con esto que David o Pedro fuesen personas con principios mezclados, como lo dice la Palabra, o que ellos llevasen “vestidos tejidos con lana y con lino”, como dice la ordenanza; sino que esos rasgos de su historia son una ilustración llamativa de una verdad solemne que deberíamos retener cuidadosamente, a saber, que el Señor hará valer sus propios principios aun a costa de sus amados siervos; que El pone fin a los movimientos de los corazones si

éstos tienden a oscurecer sus consejos y su testimonio, aun cuando, esos movimientos sean producidos por sentimientos que podría aprobar o en los cuales podría tomar placer.

PRINCIPIOS MEZCLADOS

Aparte de los casos de David, de Pedro y de los discípulos, quienes en Lucas 9, con un celo carente de inteligencia para con el Señor hubieran querido vengarle, empujados por un sincero afecto, la Palabra señala otra clase de personas que están fuera de los caminos de Dios, por causa de la incertidumbre de sus pensamientos. La huella de esta generación puede seguirse de un extremo al otro de las Escrituras. Son personas con principios mezclados, que llevan vestiduras tejidas con lana y lino, en oposición al llamamiento de Dios y las ordenanzas de su casa. En algunos más que en otros, puede ser humillante reencontrar una tal generación; pero puede ser de provecho para el alma, y el momento actual nos parece oportuno para ocuparnos de esto.

ABRAHAM Y LOT

Lot estaba asociado al llamamiento de Dios, igual que Abraham, su tío, dejó la Mesopotamia; luego, después de la muerte de Taré, su abuelo, fue con Abraham al país de Canaán; era un hombre justo; ninguna mancha manifiesta se encontraba en él. Abraham obedeció más de una vez a su voz natural, tuvo también que soltarse con vergüenza de más de un "lazo" de Egipto, también de Abimelec. Lot no incurrió en nada semejante durante toda su estadía en Sodoma; todo lo que leemos de él, es que atormentaba cada día su alma justa por la conducta abominable de la gente. A pesar de esto, tristemente tenemos que decir que él pertenecía a la clase de personas de las que nos ocupamos.

Si Abraham manchó muchas veces sus vestidos, éstos sin embargo, no estaban tejidos "con diversos hilos", mientras que el vestido de

Lot lo estaba: “de lana y de lino juntamente”. No fue fiel al llamamiento de Dios; llegó a ser un *ciudadano* allí donde debía ser un *extranjero*. Había escogido las llanuras bien regadas, y se había instalado en una ciudad, mientras Abraham, el testigo de Dios, recorría el país, errante, de tienda en tienda. Toda su vida, Lot fue una persona de principios mezclados, mientras que Abraham fue toda su vida fiel al llamamiento de Dios. La conducta de Lot, impregnada de falsos principios, tuvo como resultado las aflicciones que causaron su vergüenza. Es pues por los reproches justos de la conciencia que la aflicción se vuelve amarga.

Lot fue llevado en cautividad cuando habitaba las llanuras de Sodoma; luego, la destrucción estuvo a punto de alcanzarle cuando se instaló en la ciudad; de tal manera que ha sido siempre, y que lo es todavía, para la Iglesia, un ejemplo contundente de alguien que, siendo salvo, no lo es sino como “a través del fuego”. Su alma nunca estuvo feliz y con holgura; le afligía cada día. No hay nada de brillante en un testimonio tal. Cuando se trata de Lot, no hay referencia de ningún gozo, ninguna fuerza, ningún triunfo de espíritu. Los ángeles tenían reservas en cuanto a él, mientras que el Señor de los ángeles quería conversar en la intimidad con Abraham. Lot debió escapar sin otro botín que su vida, mientras que Abraham, desde lo alto, contemplaba a distancia el juicio. Lo que llama la atención es que desde que Lot escogió su propio camino, como un hombre de principios mezclados, abandonó el camino donde el llamamiento de Dios le habría mantenido con Abraham y que desde entonces no hubo más comunión entre ellos.

Abraham va en socorro suyo cuando sus principios le colocan en la dificultad y la tristeza; pero no hay comunión entre ellos. No podían encontrarse en espíritu. Todo hijo de Dios puede reconocer a Lot como su pariente, le puede prestar el servicio que Abraham le prestó, pero ninguna comunión hay entre ellos. No es raro en estos días encontrar situaciones semejantes. Lot, en lugar de afirmar su llamamiento y su elección, está entre aquellos que los hijos de Dios reconocen como hermanos en el testimonio positivo de la Palabra, antes

que sobre la preciosa y plena confianza de la vocación de Dios para con él, o como uno de aquellos a quienes Pablo podía decir: "conociendo, amados hermanos, que vuestra elección es de Dios".

DAVID Y JONATAN

La naturaleza prevalece tristemente y de una manera variada en todos los santos de Dios, de los cuales nos hablan las Escrituras; en unos más que en otros, precisamente según la medida de la abundancia de frutos del Espíritu en ellos, en las afecciones y en el servicio; aquí treinta, allí sesenta y en otros cien. Pero es completamente otra cosa que ser personas con principios mezclados. Es el caso de David. La naturaleza tuvo su reacción en él, pero jamás entró en asociación con propósitos deliberados, con personas que no vivían en armonía con el llamamiento de Dios. Su carácter se había formado sobre este llamamiento, y sus caminos eran conformes a él. No fue lo mismo con su amigo Jonatán; su vida no estuvo regulada por este llamamiento de Dios y por la energía del Espíritu trabajando en él. Se condujo a veces de una manera noble y llena de gracia, pero jamás fue un hombre separado de lo que Dios había rechazado. No fue fiel a los puros principios establecidos por Dios en esos días; fue un hombre de fe, manifestando los afectos espirituales más tiernos, adquiriendo por esto un lugar muy marcado en el recuerdo de los santos; pero con todo esto, nunca ocupó la posición donde el llamamiento de Dios le quería.

La corte de Saúl era entonces un lugar de deshonra y de apostasía. Dios estaba con David. La gloria estaba con él en el desierto, en las cuevas y en los agujeros de la tierra. David tenía consigo el efod, el sacerdote, la espada de la fuerza de Dios, testigo de su victoria. La flor y la promesa del país le seguían también. Los de la cueva de Adullam y los del día de la venganza de Siclag adquieren renombre con él. Todos esos hijos de Israel, todos los que resplandecerían más tarde en la corte y en el campo del reino se encontraban con David en ese momento.

Dios llamó a los suyos en compañía del hijo de Isaí en las cuevas, allí donde operó la energía del Espíritu. Pero Jonatán no estaba allí; no se encontraba donde estaba la gloria, el sacerdote, el efod, y *el hombre según el corazón de Dios*, despreciado y desechado por los hombres; no se encontraba allí donde se reunían todas las promesas del reino al que sería introducido. He aquí el lado triste de su historia. Personalmente Jonatán era amable, había realizado algunos actos de valentía; muchos de sus afectos tenían un "perfume celestial", y podemos asegurar que hasta el fin, David vivió en su corazón. No dudamos que sufrió cruelmente por los caprichos y las injusticias de su padre. Podemos decir que Jonatán ocasionaba gozo a David, mientras que otros que le seguían, a menudo fueron para él ocasión de vergüenza y tristeza, hasta en sus aflicciones.

SEPARADO DEL TESTIMONIO DE DIOS

Cualquiera sea la posición que Jonatán hubiere tomado en ese tiempo, no era sin embargo, de acuerdo con el llamamiento de Dios. Esta posición tomada le tuvo separado del testimonio de Dios y de todo lo que involucra, aunque él poseía al Señor para sí mismo. Hasta el momento de morir en el monte de Gilboa permaneció en la corte y en el ejército. Pereció con ellos en la destrucción y la vergüenza, porque desde tiempo atrás la gloria les había dejado y lo que en el país era de Dios, había sido retirado de ellos. Jonatán es, tristemente, la ilustración de casos frecuentes. ¿Había en él ignorancia del llamamiento de Dios o incertidumbre de pensamiento? No trataremos esto, pero hacemos un llamado de atención a aquellos que en nuestros días, llenos de gracia como él, de buenas cualidades personales, han tomado lugar fuera del sendero donde el Espíritu Santo despliega su energía conforme la dispensación actual. Hasta podríamos decir que un gran número de personas forman esta clase. Individualmente ellos cumplen con actitudes de valor y devoción, pero el medio en donde viven se vuelve en confusión para ellos como lo fue para Jonatán. Están ligados a un mundo sobre el cual caerá el juicio repentinamente;

se encuentran en medio de una "corte" y de un campo que pronto caerán bajo la espada de incircuncisos. "No lo anunciéis en Gat, ni deis las nuevas en las plazas de Ascalón", 2 Samuel 1:20. Jonatán es la ilustración de un hecho que desde entonces y hasta hoy, se ha reproducido sin interrupción y de una manera más y más llamativa.

Pero la presencia de Jonatán no puede hacer que la corte de Saúl o el campo sean otro de lo que son. La impresión de Lot en Sodoma es la de un "Lot impuro" y no la de una Sodoma sancionada, purificada, por la presencia de Lot. Todo esto está en armonía con Hageo 2:12 y 13, "si alguno llevare carne santificada en la falda de su ropa y con el vuelo de ella tocare pan, o vianda, o vino, o aceite, o cualquiera otra comida, ¿será santificada? Y los sacerdotes respondieron y dijeron: no. Si un inmundo a causa de cuerpo muerto tocare alguna cosa de estas, ¿será inmunda? Y los sacerdotes dijeron: inmunda será".

VESTIDOS MANCHADOS

Hay sin embargo, algunas cosas que difieren y el alma ejercitada delante de Dios debe saber discernirlas. Hay vestiduras "inmundas" que no son al mismo tiempo vestiduras mezcladas, "vestidos con mezcla de hilos" es decir, "ropa con lana y lino juntamente". Nuestro deber es el de guardar nuestros vestidos exentos de la más leve mancha. Sin esto, es imposible una vida íntima de comunión con el Señor. Y sin embargo, un *vestido manchado* no es un vestido con mezcla de hilos. Tampoco debemos confundir con una tela donde se encuentran por ahí o por allá algunos hijos extraños, con el que es en principio positivamente "ropa de lana y de lino juntamente". Las Escrituras, siempre tan ricas y perfectas nos presentan caracteres formados que han sido llamados muy bien "principios mezclados"; y otros que se dejan alcanzar por la mancha de esos principios sin estar enteramente formados por ellos mismos. La vida entera de Lot era una vida de principios mezclados; era un hombre incierto de pensamientos, "inconstante en sus caminos", Santiago 1:8. No osaríamos pronunciarlo para con Jonatán de una manera tan positiva; sin embargo, del principio al fin, su vida, como la de Lot, fue *manchada con el*

contacto del mal, o por lo menos cada vez que la tentación se presentó.

Lot, aunque asociado al llamamiento de Abraham, era un hombre terrenal. Jonatán, aunque fue testigo de los sufrimientos y ultrajes por los que pasó David, sirvió hasta el fin a los intereses de su opositor. Es así como desde el principio al fin, sus vidas son caracterizadas por relatos que no podían concordar ni con los caminos de Dios ni con la presencia de la gloria. Las vestiduras de cada uno de ellos eran tejidas con hijos de diversas clases, de lana y de lino juntamente. En contraste con todo esto, detengámonos un momento para mirar a Jacob, y veremos que pertenece a una generación distinta. Era un hombre hábil y prevenido, lleno de temores, de planes y de cálculos terrenales que oscurecieron singularmente varias páginas de su historia. La construcción de una casa en Sucot, la compra de un pedazo de tierra en Siquem, son cosas que no pueden convenir a un peregrino con vida de tienda, como hijo de Abraham, a lo que estaba llamado. Sin embargo, Jacob no puede ser visto como Lot; su vida no fue formada por Sucot o Siquem, aunque lo encontremos allí y que estuvo por eso fuera de lugar, de hecho él era realmente extranjero con

Dios en la tierra, y en los últimos días de su peregrinaje en Egipto, aunque en medio de diversas circunstancias capaces de alcanzar a su carácter de extranjero y peregrino, da pruebas seguras y preciosas de un estado de alma restaurado y prosperado.

ASOCIACIONES CORRUPTAS

Los días de Acab, rey de las diez tribus de Israel, son también fecundos en ejemplos de este tipo. Nos encontramos entonces con un Elías, un Miqueas, un Josafat, un Abdías, sin hablar de los siete mil que no habían doblado su rodilla ante la imagen de Baal, y todo esto en un tiempo de los más sombríos de la historia de Israel; en un tiempo de abandono del camino de Dios; en los días de Jezabel y de sus abominaciones.

Y por lo tanto hay diferencias para hacer entre todos ellos ante la expresión: "ropa de lana y de lino" o de "vestidos con mezcla de hilos". Se puede afirmar sin equívocos que no hay lugar a engañarse en cuanto al tejido de la ropa que llevaban elías o Miqueas, el cinturón de cuero del uno, las ligaduras del otro, nos dicen quiénes fueron esos hombres y nos hablan muy claro de una completa separación.

No podemos decir nada particularmente de los siete mil. Dios los da a conocer como un residuo según la elección de la gracia, guardados en un día malo, de doblar las rodillas ante la imagen de Baal. Pero Abdías no fue Elías, y debemos distinguirlo también de Josafat; tal es la variedad moral que ofrecen esos días a nuestra atención.

Josafat, rey de Judá, de la casa y descendencia de David, fue un hombre separado, pero que le encontramos a veces, y muy a menudo, en asociaciones corruptas. Pertenecía a la raza de Jacob aunque se le encuentra en desgracia más seguido que a él. La vanidad le traicionó muchas veces, como la política mundana traicionó al patriarca. Josafat hizo alianza con Acab. En el día de la batalla se vistió con la ropa real, vestidos, triste y vergonzosamente, con "mezcla de hilos" y que le hicieron casi costar la vida, como esos mismos vestidos le hicieron correr ese peligro a Lot en Sodoma. En esta circunstancia, Josafat faltó deplorablemente a la santidad y a la separación que convenía a la casa de David. A pesar de todo esto, no osaríamos colocar a Josafat en compañía de Lot. Su vida no fue de principios mezclados; su vestido no era con un propósito deliberado "tejido de lana y de lino juntamente", aunque tristemente en desacuerdo con el testimonio que convenía a un hijo de David, a un rey de Jerusalén. Muchas acciones loables y útiles se cumplieron por sus manos; había afecto en su corazón; y en fin, el Dios de su padre le reconoció. Pero, al igual que Jacob, y en una medida mayor y más triste, Josafat fue traicionado por relaciones que hicieron de su testimonio algo mezclado e imperfecto. No fue simplemente la *naturaleza* tomando a veces ventajas; esto, lástima, se ve en muchos; por ejemplo en Abraham y David. El carácter de Josafat no era tampoco el de un vestido *manchado* con una suciedad muy aparente, sino un vestido en el que

el tejido no es muy claro si su composición era de una sola clase de hilo o si era el vestido condenado como tejido de lana y de lino juntamente. Los diversos hilos se muestran en él por partes, no totalmente.

ARMONIA CON LA ENERGIA DEL ESPIRITU

En cuanto al vestido de Abdías, imposible engañarse. Una mirada es suficiente para discernir desde la cabeza hasta los pies, los diversos materiales. Su vida era de este tejido; no se trata sólo de faltas o caídas en su vida, sino que su vida entera muestra a un hombre de principios mezclados. Era piadoso, pero sus caminos no estaban en armonía con la energía del Espíritu en esos días. Tuvo consideración con la aflicción de los profetas, es verdad, puesto que los escondió de la persecución en cuevas y les alimentaba allí, pero continuó siendo el consejero, el compañero y el ministro del rey Acab, en un reino donde era practicada la iniquidad. "Lana y lino" componían enteramente las vestiduras que llevaba diariamente. ¡Qué diferencia con el cinturón de cuero de Elías! Y esta diferencia resalta de una manera muy evidente y expresiva cuando estos dos hombres se ponen en contacto. Abdías se esfuerza por conciliarse con el espíritu de Elías. Le recuerda lo que hizo por los profetas de Jehová en tiempos de sus aflicciones y agrega que teme a Dios; mas Elías se dirige a él con lentitud y frialdad. Terrible entre dos creyentes, algo frecuentemente

experimentado, pero generalmente más sentido que reconocido, 1 Reyes 18. No podía haber comunión de espíritu entre Abraham y Lot después que éste escogió lo que agradaba a sus ojos y a su corazón, y que continuó en esta ciudad hasta llegar a ser un *habitante de Sodoma*. Es verdad que la historia no nos dice esto, pero ella no reporta tampoco ninguna entrevista, ninguna confidencia entre estos dos hombres después de su separación, y lo podemos comprender fácilmente.

Cosas semejantes suceden hoy también entre nosotros. Los que son como Abraham y los que son como Lot, hoy en día, no tienen en-

cuentros, o si se encuentran no hay comunión entre ellos. No se gozan juntos en los afectos de Cristo. Abraham libró a Lot de la mano del rey Quedorlaomer, pero eso no fue una reunión de dos santos; no podían unirse. Y si los hijos de Dios no pueden encontrarse en ese carácter de comunión, es mejor quedar separados. Ya lo están en espíritu. Elías y Abdías nos ofrecen un cuadro más diciente aún. El hombre del cinturón de cuero, el extranjero para Dios en los días de Acab, no podía encontrarse a menudo en compañía del gobernador de la casa de Acab. Sin embargo, se encuentran en un día malo, en un día que puede recordarnos el valle de los pozos de asfalto, cuando la cautividad de Lot. Acab había dividido el país con Abdías su siervo, para encontrar agua en tiempos de sequía; mientras que Jehová, el Dios de Elías, había extendido la espada de su siervo sobre el país, para que no hubiese lluvia ni rocío. Es en este momento, en el de la perplejidad de Abdías y de la misión de Elías, que tiene lugar ese encuentro.

Esta circunstancia no es sin importancia y sin significado; tiene para nosotros enseñanzas muy útiles.

NO PODEMOS SERVIR AL MUNDO

Abdías hace sus avances; del lado de Elías hay reservas; Abdías busca la intimidad con Elías, pero éste la rechaza. Abdías le llama su señor, pero Elías le recuerda que Acab es su maestro. La intimidad, en efecto, no podía existir. No podemos servir al mundo, seguir cada uno su tren de vida y luego pretender, cuando nos encontramos, que nos reunamos en calidad de santos. La tentación de realizar una reunión sobre tal base es vana e infructuosa aunque el deseo sea tan natural como frecuente en nuestros días. Elías guarda su carácter; es fiel para con su hermano ahora, como lo había sido para con su Señor anteriormente: algo magnífico y que debería ser de valor cada vez que encontramos esta circunstancia. Abdías había caminado con el mundo durante la ausencia de Elías, y cuando le encuentra, éste no le puede permitir hablar de unión.

Abdías entonces quiere defenderse: "qué crimen he hecho . . . ? dice. Y, ¿por qué dice esto? Elías no le había acusado de ningún delito;

¿por qué pues esta alarma y esta turbación? ¿Había Elías comprometido su vida, o su seguridad o sus intereses? ¿Le molestaba en algo de lo que le concernía? Ciertamente, no. Entonces, ¿por qué esos temores, por qué buscar refugio diciendo que no había pecado? Es un pobre estado de alma la de aquel santo que tiene la conciencia sólo en no haber pecado. ¿Es esto suficiente para gozar de la comunión de Elías o de comprender sus pensamientos? Abdías habitaba en el palacio de Acab, mientras que Elías se encontraba en el arroyo de Querit. Esa es la razón, y nó si había pecado o no. ¿Se había encontrado Abdías con él ante la vasija de harina y la tinaja de aceite? Elías no le dice que pecó; no tenía pues necesidad de defenderse o de justificarse. Pero es necesario que Elías le demuestre que entre ellos no había armonía porque venían de dos puntos opuestos. “¿No ha sido dicho a mi señor lo que hice, cuando Jezabel mataba a los profetas de Jehová?” ¿Qué tenía que ver esto? Elías no se ocupa de su historia pasada y era mejor ni hablar de casi todo lo sucedido. Es triste recordar lo pasado; no es una ventaja para la comunión presente.

He aquí pues los pensamientos y las excusas de Abdías y sus motivos de justificación cuando se encuentra frente a un testigo fiel de Cristo. *No había pecado en los días pasados, había cumplido con un servicio;* qué idea tan pequeña se hace un alma del llamamiento del pueblo de Dios, cuando contestamos de esta manera, y que esa es la base para reunimos. Si servimos al mundo, aunque no pecásemos, como se dice comunmente, y aunque hayamos demostrado actividad en los días pasados, no por eso estamos limpios para la comunión de los unos para con los otros en calidad de santos de Dios.

¿Venimos del cielo o de la corte de Acab? ¿Hemos hecho las provisiones para la carne o nos hemos ocupado de lo de Cristo? Hay algo más que decir que no hemos pecado o querer valorarse por servicios pasados. Veremos en adelante lo único que nos hace realmente aptos para la comunión con los santos. Abdías era el gobernador de la casa de Acab. ¿Cómo podía Elías encontrarse a gusto con él? Elías se sentía reprimido y lo hizo notar con sus modales, si no lo hizo con palabras. Abdías en esta ocasión es la persona de palabras; es siempre el caso del encuentro con personas como Elías y Abdías. En realidad no existe comunión cuando hay avances por un lado y reservas por

el otro. Y esto no es la comunión entre los santos, pero nos dice mucho a nosotros hoy. Elías y Abdías no vivían en compañía el uno con el otro, era la realidad. Sus espíritus no podían estar al unísono. El vestido de diversas clases de hilos, "lana y lino", que forzosamente debía llevar un santo en la corte de Acab, contrastaba de una manera vergonzosa con el cinturón de cuero de un testigo de Cristo, solitario y en penurias. Abdías no aparece sino una vez en las Escrituras y vestido con una ropa mezclada. ¡Pero qué seriedad reviste el significado de esta voz para nosotros! La viuda de Sarepta que Elías acababa de dejar, había gozado plenamente de la simpatía de Elías; su morada humilde y solitaria, con su tinaja de harina y su vasija de aceite, había sido testigo de la comunión viva entre dos espíritus de una misma naturaleza y había ofrecido una escena donde Dios era la vida y el remunerador. No fue de esta manera el encuentro de Elías y de Abdías; Elías es demasiado verdadero para dejar que Abdías se aproximara en espíritu, o para responder a los esfuerzos de éste para atraer sus pensamientos.

COMUNION PERDIDA

Todo esto es muy característico. Habíamos dicho que Abraham y Lot jamás se encontraron en comunión después de que Lot miró las llanuras bien regadas de Sodoma. La distancia moral que les separaba era suficiente para tenerles distanciados, aunque el camino de un sábado les hubiera podido reunir. Lo mismo es para Elías y Abdías; este encuentro no fue para unirlos. La liberación de Lot de Quedor-laomer no fue tampoco para reunirlos. No era pues la comunión de los santos ni las afecciones cordiales en el Señor. Pero, ¡qué lección frecuentemente repetida se encuentra en esto para nosotros!

Ebed-melec también, en tiempos de otro Elías, fue un hombre de la raza de Abdías, pero no de una manera tan pronunciada como la de su "hermano mayor". Como él, amaba al profeta de Dios en medio también de una corte impía. Molesto por la política temerosa del rey, rogó sin embargo en favor de Jeremías y le sirvió devotamente de una manera conmovedora. No fue sin embargo un testigo como lo fue Jeremías. Tenía temor de los caldeos (Jeremías 39:17), la espada de la cólera de Jehová; lo que seguramente no era la condición de un

testigo del Señor. Sin embargo, su debilidad no fue despreciada por la gracia soberana de Dios. Recibió según su medida; y en el día del juicio de Dios, Ebed-melec tuvo la vida por botín, mientras Jeremías fue rodeado de honor. Ebed-melec fue librado, pero eso fue todo; el profeta recibió una recompensa.

Hemos encontrado pues, en diversos tiempos, una generación que perteneciendo al pueblo de Dios, estaba fuera del lugar donde les hubiera querido el llamamiento de Dios. Lo fueron Lot y Jonatán, también Abdías y Ebed-melec. En unos más que en otros, en todos ellos hubo incertidumbre de pensamientos y el amor al mundo tenía más o menos también poder en ellos. Pero también hoy abunda esta generación. ¡Cuántos santos se encuentran en posiciones o relaciones donde la obediencia al llamamiento de Dios seguramente les alejaría tanto como alejó a Lot en Sodoma. En muchos casos, esa mezcla impura de motivos mundanos o carnales proviene de la ignorancia, o porque los corazones no han atendido a la voz de los misterios del reino de Dios, más vale tomaron consejo de la carne y de la sangre. No han discernido que la voz del Pastor les llamaba a *salir*. No han comprendido que la Iglesia es extranjera en la tierra y que teniendo relaciones —relaciones religiosas— con el mundo, es lo mismo que Lot en Sodoma, o que el israelita llevando un “vestido tejido con diversos hilos”, de lana y de lino juntamente. El mundo está sellado por el juicio, seguramente más de lo que lo estuvo Sodoma. Diez justos habrían librado la ciudad de la llanura; pero nadie podría suprimir el juicio de “este presente siglo malo”.

ALLANZAS MUNDANAS ENSUCIAN

Sin embargo, hay una observación que debe ser hecha sobre la diferencia entre Lot y Jonatán. Y esta diferencia tiene también su aplicación para nuestros días. Lot no tenía ningún motivo para justificar su presencia en Sodoma. Todo lo que él sabía que pertenecía a Dios, estaba afuera; la naturaleza misma no tenía ningún derecho que hacer valer en favor de Sodoma. Abraham y Sara no estaban allí: ellos, testigos del llamamiento y de la presencia de Dios, como parientes de Lot según la carne. Todo lo que la *religión* o la *naturaleza* tenían de sagrado, estaba afuera. El camino de la Providencia pleiteaba tam-

bién por hacerle salir, pues las llanuras de Sodoma habían puesto en peligro ya su vida y su libertad, y le advertía también de evitar la ciudad. El mundo, y sólo el mundo hablaba al corazón de Lot en favor de Sodoma. Pero, en el caso de Jonatán, la naturaleza tenía un pretexto. Es cierto que lo que era de Dios, en ese momento se encontraba fuera de la corte y del campo de Saúl; pero los derechos de parentesco, la voz natural y su misma autoridad eran conocidas y aprobadas ahí dentro. Su padre y su familia estaban allí, aunque Dios y David no lo estuviesen.

Hoy es lo mismo. Muchas cosas hacen oír su voz interiormente. La naturaleza, las consideraciones morales y religiosas, las ocasiones para el servicio y el testimonio, la obediencia a las autoridades, el mantenimiento del orden, el peligro y los males que amenazan el bienestar social, la paz familiar, el ejemplo para los hijos y para los siervos; he aquí pues una cantidad de cosas que luchan interiormente para hacer valer sus derechos diversos en favor del mundo.

Sin embargo, todos esos motivos reunidos jamás se dirigirán al corazón de un santo con la misma autoridad que el llamamiento de Dios. Si la Iglesia es una extranjera celestial sobre la tierra, toda alianza con el mundo la ensucia y la arruina como testimonio de Dios. Ensuciarla, seducirla para sacarla de su posición de testimonio, es lo que el enemigo se ha propuesto desde el comienzo y lo que busca todavía hacer hoy. ¿No buscó acaso la serpiente seducir a Adán para sacarlo de la posición donde *Dios le había puesto*? ¿Y no nos es dicho que aún antes de esto, ángeles habían pecado en no guardar su origen?

Fue lo mismo para Israel: “me seréis testigos”, había dicho el Señor, pero el enemigo ganó terreno hasta hacer cesar el testimonio: “mi casa será llamada casa de oración, mas vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones”. Son todos esfuerzos *coronados de éxitos*, por los cuales el enemigo ha hecho “salir a los testigos de Dios de la posición que les había asignado”. No se trata simplemente de una suciedad, de una mancha, de un retroceso, sino de una rebeldía, de un alejamiento y de un abandono, las concesiones que se hacen al enemigo abandonando el gran designio de Dios o de Su pensamiento.

Alguien ha hecho notar con verdad que una tentativa semejante hecha al Señor Jesús había tenido por resultado un efecto diametralmente

opuesto: "si eres Hijo de Dios", había dicho el tentador, buscando de esta manera hacerle dejar su posición de completa y perfecta dependencia del que no conoce sino la voluntad de Dios. Pero todo era perfección y triunfo en Jesús y en Jesús solamente; nada semejante se ha visto antes ni después de El. Y el testimonio de la dispensación actual es tan corrompido como los anteriores. La que debería ser una extranjera celestial aquí y la compañera de un Señor rechazado, se alió y se mezcló infielmente con el *mundo que crucificó* "al Cristo, cabeza de la asamblea, El, el Salvador del cuerpo". ¿Qué ruina podría ser más total que esta?

UTENSILIOS IMPUROS

"El hombre de Dios" que fue engañado por el viejo profeta (1 Reyes 13) hubiera encontrado su seguridad en los principios divinos, si éstos hubiesen estado vivos en su alma. La *Palabra recibida* seguramente le habría protegido porque ella le prohibía comer o beber en ese lugar. Los principios divinos también le hubieran sido de garantía. La palabra que le había sido dada al principio del viaje era la expresión de esos principios, como nosotros los descubrimos ampliamente. ¿Cómo hubiera podido el Señor confiar su testimonio a un vaso impuro? El viejo profeta había sido puesto de lado como impropio para el servicio del Maestro. Vivía en la misma ciudad donde el Señor tenía un servicio que cumplir, pero él no fue encargado de ese servicio. El Señor fue hasta Judá para encontrarse un testigo contra el altar de Betel, aunque un santo vivía en el lugar mismo. ¿Cómo podía pensar "el hombre de Dios" que el Señor habría de emplear al profeta de Betel como su testigo? Esto fue porque ya le había puesto a un lado, le era impropio para su servicio; lo que era conforme a los principios de su casa: que un "utensilio que no está limpio, no está dispuesto para el servicio del Maestro", 2 Timoteo 2:21.

¿Cómo puede ser esto desconocido para el hombre de Dios de Judá? La palabra que había recibido le es suficiente para mostrarle que la gloria de Dios era en ese momento como un principio vivo en sus pensamientos, porque le había sido prohibido comer y beber en esa ciudad manchada. Ni aún debía volver por el mismo camino por el

que había venido; la palabra recibida tomó todo el cuidado necesario para tenerle alejado de toda comunión, cualquiera que sea, contra las cuales el Señor le envió para dar testimonio. Sin embargo, "el hombre de Dios" se dejó seducir, y recibió como viniendo del Señor, un mensaje que pretende transmitirle un hombre en contacto y en comunión con el mismo mal, contra el cual el Señor le había llevado como testigo, haciéndole tomar ese largo viaje. ¡Qué olvido tan extraño! Un descuido triste y vergonzoso para con los principios de la casa de Dios. Por más santo y servidor como lo fue y fiel también ante los ofrecimientos de un rey, su cuerpo no habría de entrar en el sepulcro de sus padres. Cuando el ojo es sincero, todo el cuerpo es esclarecido. Hay armonía y acuerdo en la acción cuando el principio motor es conservado sencillo y sin mezcla.

La acción de Micaías (2 Crónicas 18) es de esta naturaleza. Pero en cuanto a Josafat, su cuerpo era toda otra cosa que esclarecido. ¿Quién hubiera podido reconocer en él a un santo de Dios, en esta hora triste y solemne cuando él dejó encerrar a Micaías en la prisión del rey de Israel, mientras él mismo acompañaba a ese rey a la batalla? ¿Dónde estaba el cuerpo "luminoso"? Una nube espesa cubría la luz de la que sin embargo, él formaba parte. No había armonía ni una luz pura y brillante marcaba el sendero de Josafat; nada que pudiera "afirmar su llamamiento y su elección", como dice el apóstol. Micaías fue encerrado en la prisión de Acab, mientras que juntos, los reyes de Judá y de Israel iban a la batalla de Acab. Todo el cuerpo del hijo de David estaba "lleno de tinieblas", 2 Crónicas 18. Es precioso seguir un poco más a ese Josafat (2 Crónicas 20), pues en los días de Amón, de Moab y de los del monte de Seir, su cuerpo está nuevamente "lleno de luz"; obra como debe obrar un verdadero hijo de David, busca a Jehová, sólo a Jehová; entonces todo es fe, triunfo, honor.

AL REGRESAR DE BABILONIA

Los cautivos, después del regreso de Babilonia al país y a la ciudad de sus padres, nos ofrecen igualmente una lección instructiva sobre el importante tema de las "vestiduras con diversos hilos"; la historia de ellos es para nosotros un estímulo y a la vez una advertencia. Ellos no rechazan aceptar el castigo infligido a la nación, por causa de su pecado; en consecuencia, toman su posición bajo el dominio del

poder gentil que Dios había establecido sobre ellos por causa de su pecado. Ellos aceptan el favor de Darío, de Ciro y de Artajerjes según “al que respeto, respeto; al que honra, honra”.

Hablando de un poder gentil, ellos dicen: “el grande y glorioso Asnapar” (Esdras 4:10), y se muestran agradecidos por la bondad con que esas potencias, una después de otra, tienen para con ellos; dan gracias a Dios por ellas; sus corazones están dispuestos a orar por la vida del rey y la de sus hijos. Todo esto sin embargo, no les impedía ser un pueblo separado. El rechazo de toda relación con los samaritanos era tan sincero y bien según Dios, como la aceptación de los gentiles. El celo de ellos de purificarse de los principios mezclados y de la abominación de introducir a gentiles en el templo para manchar ese lugar sagrado, ese celo sencillo y firme, recordaba los días de Josué y de David. Ellos rechazaron las vestiduras de diversos hilos; si ellos hubieran querido llevar estas características, cuántas fatigas les habrían ahorrado en el transcurso de la obra de sus manos que era también la obra del Señor. Pero ellos no las podían llevar, ni las querían tampoco. Una tal característica era contraria a las ordenanzas y ellos no lo querían.

Pablo también hubiera podido evitarse la prisión por el testimonio de una sierva en Filipos; pero era un socorro samaritano o algo peor y Pablo no lo podía aceptar; y por su fidelidad rechazando la “ropa de lana y de lino”, tuvo que poner sus pies en el cepo y recibir los latigazos de la prisión. Pero, al final, todo terminó bien para él, como para los del cautiverio en Babilonia, a su regreso. Dios mismo tomó todo en sus manos.

Otras consideraciones serias e instructivas se presentan aquí; al abordarlas, uno siente la necesidad de aplicárselas personalmente. La continuación de la historia de los cautivos que regresaron de Babilonia, nos presenta a la vez una *advertencia* y una *enseñanza*. Ellos rechazaron toda alianza extranjera y rehusaron la ropa con diversos hilos.

Pero, ay, llevaron la suya *sin cinturón*, y he aquí la parte moral de su historia. Comienzan a construir sus propias casas cuando los samaritanos hacen parar la construcción de la casa del Señor. ¡Qué advertencia solemne para nosotros y qué confusión para ellos, cuando el

Espíritu se ve obligado a despertarles de su modorra y de su somnolencia! Estaban ocupados en servirse a sí mismos cuando el servicio del Señor se había interrumpido. La tranquilidad, el reposo y la búsqueda de sí mismos ocupa el lugar vacante. Hageo y Zacarías tuvieron por misión instarles a ceñir sus ropas y a preparar las lámparas. Notemos que los profetas no piensan un instante en enviarles para hacer arreglos con los samaritanos; no les dicen que se han equivocado, sino que les invitan a ceñir sus ropas puras con las que estaban vestidos, a hacer la obra del Señor según Sus pensamientos, a pesar de toda nueva oposición de los samaritanos, Hageo 1.

Todo esto tiene un significado muy alto para nosotros. Cualquiera sea la exigencia del momento, el Espíritu Santo no puede tolerar las ropas de "lana y de lino" en un santo, pero exige el cinturón para afirmar la vestidura santa. Un vestido flojo no es según su pensamiento aunque sea puro, y a veces, ¿no pasa que nos hace falta algo como en los días de Hageo y de Zacarías? He aquí pues para nosotros un motivo de humillación: *una posición elevada y pura, mantenida con tan poca gracia espiritual.*

LA ALIANZA SAMARITANA RECHAZADA

Los cautivos a su regreso a Jerusalén estaban en su debido sitio. El lugar de ellos era mejor que el de sus hermanos que vivían en las ciudades lejanas de los incircuncisos; tuvieron razón, como lo dijimos, de rechazar toda alianza con los samaritanos. Aceptarla no hubiera sido otra cosa que revestirse con la ropa tejida con diversos hilos. Gracias a Dios que no hicieron esto; pero los que tuvieron que sostener una tal prueba, flaquearon bajo otra. Es verdad que rechazaron esa vestidura pero no ceñieron sus vestidos. Y lo que es más triste todavía, los mancharon y los ensuciaron cayendo más bajo que sus hermanos que habían quedado con los paganos. ¡Qué reproche para los judíos de la Tierra Santa la conducta de sus hermanos que habían permanecido entre los gentiles! Los judíos dispersos habían rescatado a sus hermanos de manos de los paganos a quienes habían sido vendidos; pero he aquí que los cautivos de regreso a Jerusalén se vendían entre ellos por causa de deudas, Nehemías 5. ¡Qué espectáculo humillante! Y, ¿no hay acaso entre nosotros analogías semejantes? Es

algo como "apariencia de piedad, negando la eficacia de ella". "El reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder", 1 Corintios 4:20. Es posible que la posición que ocupamos sea según Dios, pero que nuestra medida de gracia y de piedad práctica sea bien mínima. Si confiamos únicamente en el valor de una posición pura y separada, o si sólo mantenemos la profesión, sin velar por nuestros corazones y sin juzgarnos, acontecerá que los "incircuncisos" nos tomarán. Se nota a menudo mucho amor y denuedo práctico en aquellos que quedan fuera de la posición verdadera de la Iglesia, mientras que los que tienen esa posición a veces, poseen muy poca santidad real y poca vida celestial. En otros términos, que en muchos casos hay menos gracia en los que ocupan una posición pura y verdadera, que en otros que tienen una posición dudosa. Era el caso de Jonatán. David le amaba tiernamente, sin embargo no fue su compañero, mientras que aquellos que le siguieron en sus dificultades, le fueron a veces ocasión de pruebas y de amargura. Fue entre ellos que tramaron terminar con David, mientras que Jonatán personalmente permaneció apegado a David. ¡Qué contraste este, entre lo de adentro y lo de afuera! Sin embargo, el lugar de rechazado que ocupaba David, era el lugar de la gloria y de la sola y verdadera posición. ¡Qué cuadros se desarrollan ante nosotros con todas estas cosas! Cuadros que permanecen hasta hoy. Pero hay una lección para nosotros que debemos tomar en cuenta, la de *una posición de separación, sin poder; una vida prácticamente inferior a los principios divinos; un celo santo por la fidelidad, la verdad y lo profundo de Dios; todo esto sin una comunión personal e íntima con el Señor*. Quiera Dios guardarnos en todo esto, dándonos el juzgarlo en nuestro corazón.

La energía que tenía Efeso por una cantidad de buenas obras, la actividad y el mismo movimiento de naturaleza religiosa de Sardis, como también la ortodoxia de Laodicea, son reprendidas por el Señor. ¡Cuánto más nosotros mereceríamos una censura tal! Apocalipsis 2:3. Dar el diezmo de la menta, del eneldo y del comino y dejar a un lado el juicio y la misericordia, son las cosas que el Señor discierne y manifiesta con censura. Por el Espíritu, el creyente tiene la capacidad de juzgar de la misma manera y de cooperar con el Señor por el mismo testimonio. "O el árbol bueno con su buen fruto, o el árbol malo con su fruto malo".

Si no queremos una posición sin poder, igualmente desecharemos los principios sin práctica o la posesión de la verdad, de los misterios y del conocimiento, sin Cristo mismo y sin la comunión personal con El. La palabra pura y perfecta de Dios reconoce y honra *todas* esas cosas, pero guarda para cada una su lugar y su medida; sin lo cual nada es exactamente de acuerdo con el pensamiento de Dios. Como El mismo lo ha dicho: "... Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello", Mateo 23:23. Sentimos que debemos hacer una disgregación aquí, sobre algo que es de verdadero alivio para las almas: conocer a Dios en gracia es a la vez, Su gloria y nuestro gozo. Instintivamente le consideramos como a *alguien que exige de nosotros la obediencia y espera que le sirvamos*. Pero la fe discierne en El a Aquel que comunica y da, y esto nos habla de privilegios más que de deberes; de amor, de libertad y de las bendiciones de nuestra relación con El, más que lo que debemos darle en restitución. Esta es una verdad de la cual tenemos necesidad en nuestros días, aunque nos parezca fuera de lo que nos ocupa en este momento.

El llamamiento de Dios nos hace Nazareos; pero tenemos necesidad de su Espíritu para mantenemos en esta posición, según Dios y en un espíritu de completa consagración. "La sal es buena", un principio divino es algo bueno, pero la sal puede perder su sabor. Una verdadera posición, o un principio divino pueden ser comprendidos y proclamados, pero puede perder su valor sin una vida de poder.

¡Qué infinita variedad de instrucciones morales proporcionan al alma las palabras del Señor! Prestemos atención todavía para aprender algo más, pues la mina es inagotable.

SEPARADOS DE LA VOCACION DE DIOS

La historia de las dos tribus y media tiene para nosotros una enseñanza muy particular, Números 32. Ellas no son puestas al mismo nivel de Lot en los días de Abraham, aunque por ciertas similitudes nos las recuerdan. Pero como hemos tenido la ocasión de nombrarlas, una asombrosa variedad de experiencias cristianas y disposiciones morales se ofrecen ante nosotros en los diferentes relatos que nos presentan las Escrituras; ellas no nos trazan solamente los rasgos principales, sino que rastrean las luces y las sombras hasta los más

mínimos detalles. Esto llama la atención en la historia de esta parte del pueblo. La historia de las dos tribus y media comienza, como la de Lot, por la concupiscencia de los ojos. Estos israelitas pasean su mirada sobre los valles bien regados, apropiados para la cría del ganado; todavía no han cruzado el Jordán, cuando ya sus pensamientos se ocupan de lo que les puede convenir para sus ganados. Abraham su padre, jamás habitó esta parte del Jordán; Moisés no les habló de los valles de Galaad y seguramente que al dejar Egipto, su fe y esperanza les llevaban a Canaán. Pero Rubén, Gad y Manasés tenían ganado; desearon pues una heredad sobre la ribera oriental, porque los pastos son buenos y abundantes.

Seguro que no tenían la más mínima idea de rebelión o de abandonar la porción de Israel; ni tampoco de separarse de la vocación de Dios. Sólo que sus ganados podían prosperar en Galaad; es pues allí donde quieren quedar, pero como israelitas fieles al llamamiento de Dios. Esto también es hoy natural y frecuente. Aferrarse a la esperanza del pueblo de Dios, pero sin caminar por el lugar que conviene a esta esperanza. En cuanto al poder del carácter y de la conducta, no son personas muertas y resucitadas, pero están unidas por la fe a las que lo están. Quiéren manifestar su parentesco con las tribus que pasarán el Jordán, aunque por su propia cuenta prefieren quedar del lado del desierto. No eran como Lot, con principios mezclados, que con propósito deliberado arreglan sus vidas sobre algo que está en oposición al llamamiento de Dios. Pero, aunque reconociendo este llamamiento, apreciándolo y rechazando toda esperanza que no esté ligada a él, no poseen el poder que les mantiene en ese llamamiento. Este caso también es frecuente y de una generación bastante numerosa.

Moisés se inquieta por esta disposición; expresa sus temores con decisión y firmeza. Dice a este pueblo que su manera de obrar le recuerda la conducta de los espías que habían ido desde Kades-Barnea para reconocer el país, y que habían desanimado a sus hermanos y les habían ocasionado cuarenta años de peregrinaje en el desierto. Moisés siente que detenerse en el camino era contrario al llamamiento de Dios a su pueblo para hacerle salir de Egipto y llevarlo a Canaán. Es de lamentar que un santo, viviendo en el poder de la resurrección de Cristo, se alarme como Moisés, a la primera noticia lamentable con

relación a sus hermanos; Rubén, Gad y la media tribu de Manasés deben sustentar sus razones y dar nuevas pruebas que no se separarán de la comunión y de los intereses de sus hermanos; ellos se prestan a esto con tanto celo como con integridad. En esto no hay ninguna similitud con Lot. Hubieran renunciado a Galaad antes que comprometer su identidad con los que se establecerían en la parte occidental de Canaán.

Moisés, sin embargo, no puede consentir en separarse de ellos como Abraham se separó de Lot. Ellos no deben ser tratados de la misma manera; tampoco deben recibir el juicio de Dios, como fue el caso para con los espías indréduos que habían hecho un reporte del país. Sin embargo, Moisés no los pierde vista; sus ojos les siguen con ansiedad. Cuántos matices diversos encontramos en esas ilustraciones de caracteres diferentes. Qué tejidos distintos nos ofrecen esta lana y este lino. Cuántas clases numerosas entre los hijos de Dios y cuántos matices en esas mismas clases. Tenemos a Abraham, Moisés y David; también a Lot, Jonatán y las tribus de Galaad; tenemos a Josafat y Abdías y sin embargo, todos forman parte del pueblo de Dios. Sodomá era el lugar de Lot; la corte de Saúl, el de Jonatán; el palacio de Acab, el de Abdías; mientras que Abraham habitaba bajo una tienda, David en una cueva, Elías en las riberas del torrente de Querit donde Dios le alimentaba, o también en la casa de la viuda de Sarepta; todos grados variados de fe, de fidelidad y de poder, de vida y de comunión. Podemos decir tanto de Jonatán como de los demás, y mejor dicho, Jonatán no era ni un Lot ni un Abdías, aunque nosotros le clasifiquemos generalmente en la misma categoría. Abdías también difiere de Lot en cierta medida.

LISTOS PARA EL VIAJE

Los Rubenitas, Gaditas y los de la media tribu de Manasés parecen tomar lugar entre Lot, Jonatán y Abdías por un lado y Moisés, Abraham y Elías por el otro. Ellos representan una generación que no quiere de ninguna manera separarse del llamamiento de Dios y de su pueblo, pero que sin embargo traiciona en su carácter moral, una extraña inconsecuencia con relación a este llamamiento. Esta clase es muy común y hasta podemos decir, la más numerosa (ver Números

32). Cada uno de nosotros lo siente muy bien en su corazón. Josué experimentaba una ansiedad temerosa para con este pueblo; precisamente como Moisés lo había sentido antes. Los llama a él para dirigirles particularmente una palabra de exhortación y de advertencia en el momento cuando comienza la acción para el pueblo de Dios, Josué 1. Lo más mínimo en las Escrituras son las cosas a veces más significativas, como es el caso del primer capítulo de Josué, creo. En cuanto a las tribus en general, para Josué le es suficiente decirles: "Preparaos comida, porque dentro de tres días pasaréis el Jordán, para entrar a poseer la tierra que Jehová vuestro Dios os da en posesión". Las tribus estaban libres de toda preocupación y en orden para el viaje; no tenían sino que esperar la señal de partida. Noé también estaba listo para el viaje hacia otro mundo; no le faltaba sino el momento para entrar, él y su familia, en el barco. Las dos tribus y media no estaban tan libres; varias cosas les ataban; tal vez por eso Josué, instintivamente obra para con ellos como con personas atadas con un bagaje pesado y numeroso, en el momento de salir. Les tuvo que recordar el compromiso para con Israel, pues a sus ojos, ellos no estaban ligados y unidos completamente a Israel. En cierta medida, él hace para con estas tribus lo que el ángel hizo con Lot cuando vino a Sodoma.

Consideremos todavía a este mismo pueblo en Josué 22.

El arca había pasado del otro lado del Jordán, cuando las aguas se separaron ante los pies de los sacerdotes que la llevaban; el arca había atravesado el río dirigiendo y garantizando al Israel de Dios. Rubén, Gad y Manasés habían pasado también. Pero mientras que Israel y el arca quedan en Canaán, las dos tribus y media vuelven para establecerse allá donde sus hermanos habían vivido errantes y viajeros; presentando así a los ojos de todos el espectáculo extraño de israelitas encontrando su lugar y su interés fuera de los límites naturales de la heredad prometida y buscando un lugar para sí mismos, allí donde el arca no había podido ni debido permanecer.

Josué lo siente y es así como antes del regreso les dirige una advertencia especial. Parece que ellos también sienten algo igual tan pronto como ponen los pies en la tierra de su elección. Ciertamente el mal estar parece tomar sus almas y levantan un altar. Todo esto tiene

para nosotros un lenguaje que debería ser comprendido por los *"israelitas de nuestros días que habitan el país de Galaad"*.

ALTARES ARTIFICIALES

Josafat se había sentido molesto también en el trono de Acab; bajo el peso de este malestar que siempre oprime a un verdadero israelita en medio de incircuncisos, Josafat hizo llamar a un profeta de Jehová. Este es precisamente el lenguaje del espíritu renovado que se encuentra en una tierra extraña. Las dos tribus y media levantan un altar y le ponen el nombre "Ed", que quiere decir Testimonio, Josué 22:34. Era como un testimonio de que el Dios de Israel era su Dios y que ellos tenían parte en el llamamiento y en las esperanzas del Israel de Dios. ¿Por qué todo esto? Si ellas hubieran tomado su porción en Canaán, nada semejante hubiera sido necesario; ellas hubieran tenido el altar *original* en lugar de una *sombra*. Sus almas hubieran poseído el verdadero testimonio *interior* y no hubieran tenido necesidad de un "Ed" *exterior*. Pero estas tribus no estaban en Canaán, sino en Galaad. Silo no estaba más a su vista. Necesitaban pues un memorial para sostener y ayudar a su confianza y para dar testimonio por un medio de su propia invención, de que ellas eran uno con el Israel de Dios. Esto es de un gran significado y que se ve mucho hoy. Nuestra alma, como la de los que nos rodean, requiere un testimonio evidente de lo que somos, cuando nos encontramos en una posición que no está en armonía con el llamamiento de Dios. Se siente la necesidad de algo artificial o secundario; tener la aprobación de otros; un hecho con el que se nos reconozca; el examen de nuestra condición personal junto a una incertidumbre de espíritu; mucho razonamiento con nosotros mismos sobre todo esto, o también el recuerdo de días mejores vuelven "necesario algo secundario", como el altar de "Ed". Tal es el caso del alma cuando no es íntegra, simple y fiel. Conocemos todo esto representado por la inscripción en el país de Galaad. La mujer de Lot, o la estatua de sal, lleva una sentencia que nuestro divino Maestro descifró para nosotros: Que el monumento erigido por los israelitas fuera de los límites del país de la promesa, pueda advertir a nuestras almas, si ellas buscan la tranquilidad, la seguridad del corazón y la paz profunda de la conciencia, para que no vayamos a establecernos fuera de donde la Iglesia debe estar como peregrina.

Alma mía, ¿sabes leer esta inscripción? Cada corazón conoce sus propios motivos de humillación. Toda esa turbación de espíritu, esta agitación de pensamiento, el deseo de Josafat por ver un profeta de Jehová; el altar de "Ed"; son tantos testimonios en favor y en contra nuestro: ellos demuestran un espíritu renovado, pero lo muestran en medio de condiciones y de experiencias que un ojo simple, un corazón más lleno de amor por Cristo, lo hubiera rechazado.

Rubén, Gad y Manasés reciben una segunda advertencia. Josué y las tribus que están en Canaán les hablan como ya lo había hecho Moisés. El altar de Galaad despierta dudas como ya anteriormente había despertado dudas el hecho de querer establecerse en Galaad. Todo esto es frecuente y muy natural, pero al mismo tiempo muy significativo. Los santos de Galaad no dan seguridad de su llamamiento y elección en el corazón de sus hermanos, al menos sin previa información. Se produce un gran movimiento entre las tribus que ya estaban en Canaán, y en la posesión consciente de Silo y del tabernáculo de Dios. Es enviada una embajada de en medio de ellos para inquirir sobre el asunto. Algo de lo que ellos no pueden darse cuenta, llama la atención a su mirada como en desacuerdo con el llamamiento de Israel; es necesario pues una explicación a todo esto. ¡Qué cuadro tan significativo para nosotros! Seguramente que estamos en una escena semejante en la cristiandad, circunstancias semejantes nos son muy familiares. No dudamos que el apóstol fue lo mismo en las epístolas a los Corintios en el Nuevo Testamento como lo fue el Antiguo Finees, hijo de Eleazar el sacerdote, cuando cruzó el río para ir a pedir informes sobre el altar erigido en Galaad. Había en Corinto algunas cosas que alarmaron al apóstol, y que eran para él síntomas tremendos de abandono de la posición celestial de los santos. Los corintios parecían estar como príncipes de este siglo, reinando como reyes sobre la tierra. El ministerio del apóstol Pablo, ejercido con amor y celo en Cristo, empezaba a ser rechazado mientras que otros comenzaron a gozar de la estima y la confianza a causa del rango y ventajas que tenían en este mundo. Las escuelas del hombre y su sabiduría tomaban autoridad, y los santos parecían querer *afirmarse* allí donde la Iglesia no tenía que ser sino una extranjera desconocida. Con el celo de Finees, Pablo "cruza el Jordán", por así decirlo, y, qué tranquilidad produjo su descubrimiento . . .

2 Corintios 6:11-13.

Las tribus de Galaad pueden satisfacer a Finees y a sus hermanos, mejor de lo que los santos en Corinto pudieron satisfacer al apóstol. He aquí tantas diferencias y variedades que se reproducen en nuestros días, en el estado moral del pueblo de Dios. He aquí pues nuestro motivo común de tristeza y de humillación porque el llamamiento y elección no son retenidos con firmeza en nuestros corazones y que a menudo tenemos que hacer el camino, o lo mandamos a hacer a los demás para la inspección de nuestros caminos, de nuestro "Ed", de nuestros altares, de nuestras columnas, y del balido de nuestros ganados en las llanuras de Galaad, en lugar de reposar y nutrimos juntos aprendiendo los secretos del tabernáculo y del altar de Silo. En el Nuevo Testamento, la Iglesia de Corinto recuerda al israelita del otro lado del Jordán, del lado del desierto. Los temores del apóstol para con ellos no se trataba de las influencias del judaísmo; tampoco de las especulaciones incrédulas del pensamiento; al menos no es el caso de la segunda epístola; no se trataba de la gracia vuelta en disolución. Es cierto que estos temores ocupaban el pensamiento del Espíritu cuando se dirige a otros santos o a otras iglesias; pero a Corinto, era por la mundanalidad con que estaba amenazada la Iglesia. Parece que un individuo había cautivado a los santos; la naturaleza y las circunstancias le habían dotado de todo lo que es susceptible para ganar el corazón del hombre del mundo. Parece tratarse de una persona como le llamaríamos hoy "una persona bien"; sus maneras elegantes, buena posición, influencia a la que los corintios habían cedido; se habían dejado embelesar en alguna manera, mirando las apariencias de un hombre que se engrandecía tomando ocasión de su naturaleza y de sus circunstancias para recomendarse a ellos.

Fue también como el apóstol tuvo que oponerse a un miserable estado de cosas. Se notaba que una parte del afecto y de la confianza de sus queridos corintios había desaparecido, porque él no podía gloriarse de las ventajas carnales que comenzaban a tener precio para ellos. Seguramente que tampoco tuvo jamás el pensamiento de hacerse valer en algo semejante. Aunque sabemos que tuvo mucho de qué gloriarse "en la carne", sin embargo Pablo prefirió gloriarse en "sus debilidades". Quiso ser débil en cuanto a sí mismo. Habla de las ventajas carnales que ese hombre poseía y que había hecho valer en medio de los santos, en un lenguaje semejante al que Moisés hubiera

podido emplear hablando de la "ropa tejida de lana y de lino". "No os unáis en yugo desigual con los infieles", dice el apóstol ahora como Moisés lo había dicho a Israel: "No ararás con buey y con asno juntamente. No vestirás ropa de lana y lino juntamente". Pablo no estaba asociado de esa manera ni tampoco vestido así. Había sido uno de los primeros de la vanguardia de la tribu de Judá para cruzar el río.

EL LLAMAMIENTO DE DIOS NOS SEPARA

Todo esto es para nosotros una ilustración de lecciones importantes. No debemos mezclarnos con lo que el llamamiento de Dios nos separa. No tenemos que llevar puesto un vestido de diversos materiales. Pero si lo rechazamos, si vestimos el vestido puro, si tomamos la posición y entramos en las relaciones que conducen al llamamiento de Dios, es necesario que nos encontremos con un vestido *ceñido*, no solamente un vestido *sin mezcla*, y que persistamos en estas cosas. El Señor no nos llama a trabajar para mejorar al mundo, sino a tomar y a guardar una posición separada del mundo. Pues, muy amados, si tomamos como principio esta posición de separación, busquemos la gracia y el poder que solos pueden adornar y embellecer ese testimonio según el Señor.

Tal es el carácter del tiempo por el que atravesamos hoy. El dios y príncipe de este mundo deja que los ciudadanos barran y ordenen la casa; y esto les hace admirar su nuevo estado, y felicitarse de haberla transformado tanto que ya no es, según piensan ellos, la misma de antes. El error es grande y peligroso; la casa sigue hoy más que nunca como la morada del espíritu inmundo; pero está tanto más limpia para sus designios, pues se halla barrida y adornada. No tardará él en hacer uso de todo ese trabajo de sus ciudadanos para el cumplimiento de sus propósitos impíos. "El que conmigo no recoge, desparrama"

CUIDADO CON EL YUGO DESIGUAL

Nuestro trabajo, ¿es conforme a los designios de Cristo? ¿Es cumplido según Su peso y Su medida? Si no es así, aunque lo hagamos en Su nombre, ese trabajo no será sino para ventajas del enemigo. En la

parábola se encuentra que el cuidado que se empleó para barrer y adornar la casa, fue completamente aprovechado por el espíritu inmundo, quien no dejó de ser el maestro aunque le hubiera dejado por un tiempo. Todo lo que fue hecho para el embellecimiento de la casa es para su maestro. Satanás es hoy el dios de este mundo tanto como jamás lo ha sido; y continuará siéndolo hasta que el juicio caiga sobre él por parte de Aquel que está sentado en el caballo blanco. La paz que durante tantos años ha gozado Europa, ha dado numerosas ocasiones para barrer y adornar la casa. A la manera humana, la espada se cambió en arado; la tierra y sus recursos, el hombre y sus facultades han sido cultivados más allá de lo que había sido hecho; la casa parece pues muy distinta de lo que fue, después que los siervos, por sus esfuerzos, han venido a limpiarla y a adornarla. Los progresos literarios, morales, artísticos y religiosos son inmensos. Las sociedades de paz y las que luchan contra los vicios, el gusto por la literatura y la música, los congresos de las diferentes naciones, las proclaman tan alto como las orgullosas pretensiones del día que se hacen en todas partes. Toda esa diligencia es según el pensamiento del maestro de la casa, o el dios de este mundo. Esta es una verdad muy seria. "Aquel que conmigo no recoge, desparrama". Palabras solemnes. "No os unáis en yugo desigual con los incrédulos". Es la confusión. Es el tejido "prohibido" de lana y de lino. Mientras que nuestros labios pronuncian esas palabras, nuestros corazones confiesan con humildad que más de un siervo del Señor, recto y sincero, trabajando con amor, con celo y con simplicidad, pero equivocado en cuanto al objetivo, se encuentra en cuanto a la práctica, delante de muchos que han discernido netamente el error.

Tememos a la indiferencia más que a la mezcla. Tememos a Laodicea más que a Sardis. Que podamos recibir una lección de la una y de la otra. Que aprendamos a evitar la actividad religiosa de Sardis, que tiene el nombre del que vive, tanto como el formalismo frío y egoísta de Laodicea. Seamos *diligentes*, pero en un servicio *verdadero*. Utilicemos nuestros talentos, pero utilicémoslos para servir a un *Maestro rechazado*, sin esperar nada de este mundo que le rechazó, sino contando en todo con Su presencia, de la que pronto iremos a gozar.



